

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 20 DE MARZO DE 1910.

NÚM. 116.



LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

(CONCLUSIÓN)

- ¿Para que huyamos?
- No; para que me presentes al rey.
- ¡Nunca cometería yo tan mala acción contigo!
- Con ella conquistarás en la corte honores y riquezas.
- Prefiero ser un vagabundo andrajo so y muerto de hambre.

Ayuntamiento de Madrid

—¡ Si fuera persona te daba un abrazo, Gerineldo...! Y ahora que he comprobado lo buen amigo mío que eres, debo decirte que desde que oí á ese sabio viejecito lo de mi encantamiento, ya no sé si soy gallo ó príncipe, ó las dos cosas á la par; á veces creo que es cierto lo que asegura el mago; á veces, que todo es una farsa; y en estas dudas, Gerineldo, pienso que lo más prudente es que huyamos, y confiemos á la Providencia solución situación tan extraordinaria.

—¡ Vámonos, *Cresta de oro*, vámonos de aquí cuanto antes!—suplicó el vagabundo.

—¿ Y cómo has de huir? ¿ Crees tan fácil escapar de palacio...?

—No; pero confío en ti...

—Y es acertada la confianza que en mí pones, porque la casualidad ha hecho que descubra una galería subterránea que enlaza este cuarto con las habitaciones de la princesa. Ocúltame debajo de tu chaquetón, y en marcha.

Guiándose de *Cresta de oro*, aventuróse Gerineldo en la galería subterránea. Se encontró al cabo de un gran rato delante de una puerta cerrada con un pesado y enmohecido cerrojo; tras de grandes esfuerzos, logró descorrerlo, y fué inmensa su alegría al verse fuera de palacio en un terreno sinuoso poblado de maleza.

* * *

Velozmente, como quien huye de un grave riesgo, corrió el fugitivo hasta hallarse muy lejos de palacio y de la ciudad; sólo se veía en el desierto campo que atravesaba, ya jadeante, una casa derruida. Penetró resueltamente en ella Gerineldo, y sentándose en unas piedras ennegrecidas, que debían ser las del llar, quedóse al poco rato profundamente dormido; el cansancio que le produjo la caminata y el haberse pasado la noche casi en vela rindieron las energías del infeliz aventurero.

Y soñó, soñó una cosa estupenda como las que suceden en los cuentos que muchas veces, en las veladas de invierno y al amor de la lumbre, había oído en boca de viejas.

Y fué el sueño, que en la casa ruinosa que le servía de refugio entraba un viejo de luengas barbas, el famoso adivino de Oriente que vió hacía contadas horas en la regia cámara; acompañábanle el gran chambelán y los soldados de palacio.

El viejecito, muy paso á paso, acercábase á Gerineldo y con gran sigilo arrebatábale de entre los brazos á *Cresta de oro*. Puso al gallo encima de una piedra; la huesuda diestra del mago apretó el cuello del animal, que lanzó un cacareo sorso y angustioso, cayendo inerte sobre el ara del sacrificio.

Como por arte mágica surgió de la piedra la gentil figura de un hermoso doncel, ataviado rica y esplendorosamente como un gran señor...

Cresta de oro habíase transformado en el prometido de la hija del rey, en el príncipe Amante; tendiendo los brazos hacia el miserable vagabundo, le estrechaba contra su corazón y le llamaba "hermano".

Gerineldo iba también a roear con sus brazos el cuello del príncipe... pero no pudo; una fuerza invencible los sujetaba... Hizo un poderoso esfuerzo y...

Despertó Gerineldo y quedóse anonadado contemplando estúpida-mente la escena que se ofrecía á su vista. Refregóse los ojos en la creencia de que aún continuaba soñando...

Pero no, no soñaba, hijos míos; el príncipe Amante, el auténtico príncipe era el que le abrazaba prodigándole sentidas frases de cariño y de gratitud, y el prodigioso mago y el panzudo chambelán y los soldados, todos los que le rodeaban, eran seres vivientes, de carne y hueso.

—¿Y *Cresta de oro*?—preguntó el atónito vagabundo con ansiedad trágica, levantándose y mirando en derredor suyo.

—*Cresta de oro*, tu compañero de aventuras, tu amigo, soy yo, Gerineldo. La Providencia, la que confió mi suerte, ha querido que este mago me desencantara—dijo el príncipe, volviendo á estrechar contra su pecho al vagabundo, que vertía lágrimas de gozo al ver transformado su gallo en un caballero tan gentil.

Disimulando la honda emoción que sentía, dijo el gran chambelán á Gerineldo con voz solemne y grave:

—¿Sabes, rapaz, el castigo que te aguarda por haber huído de palacio con el que fué gallo portentoso...?

—Señoría, lo ignoro.

—Pues, una friolera, hijo mío, ser ahorcado...

Palideció Gerineldo, y en todos los circunstantes las palabras del chambelán levantaron un murmullo de protesta.

Airado, exclamó el príncipe Amante:

—¡Nadie osará poner las manos sobre este muchacho, á quien el rey, su hija y yo debemos tantas bienandanzas. Si la gratitud hizo que huyese de palacio para salvar á *Cresta de oro*, por gratitud *Cresta de oro* le retornará á palacio, para que goce de todos los honores á que le hace acreedor su nobilísima conducta.

—Y así debe ser, príncipe—afirmó el mago prodigioso;—la gratitud es hija del cielo, y el que la da entrada en su corazón se acerca á Dios, que colma de venturas á los que, como este rapaz, saben ser agradecidos.

* * *

Venturoso fué el matrimonio de la hermosa princesa Celinda y el gentilísimo príncipe Amante.

Por la ley inexorable del tiempo y por la voluntad nacional, sucedieron en el trono á Filanto II.

Gerineldo llegó á desempeñar en palacio el envidiable cargo de chambelán.

El pueblo, cariñosamente, llamaba al rey *Cresta de oro*, y al gran chambelán, Gerineldo el *Agradecido*.

D. LARRU.



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

IX

Subieron Urso y Pipá á la estancia de las nubes siguiendo los mandatos de las hadas, y hallaron á éstas sentadas en una nube rosada salpicada de estrellas; al ver entrar á los niños, las hadas se incorporaron un poco y la del centro habló así:

—Mis dos compañeras van á entregaros unas cajitas misteriosas...

—¿Qué tienen dentro?—preguntaron á un tiempo Urso y Pipá.

—Si lo supiéseis, dejarían de ser misteriosas—contestó el hada.

—¡Es verdad!—murmuró Urso.

—Pues bien—prosiguió el hada,—se os darán esas cajitas, que tienen la virtud de volver á los niños activos y trabajadores; y á *las niñas*, también—concluyó, mirando fijamente á la pequeña.

Esta hizo un gesto de duda.

—Nada tenéis que hacer vosotros para conseguir el preciado don de la laboriosidad—volvió á decir el hada.—Sólo tenéis que hacer lo siguiente: levantaros al despuntar el día; tú, Urso, irás al campo y trabajarás con los obreros, sin abandonar ni un momento la caja y si intentar abrirla. Además, estudiarás por espacio de dos horas los libros que te serán ahora entregados... Tú, Pipá, en cuanto te levantes, arreglarás y limpiarás tu cuarto; entrarás en el salón de oro y pulirás cuanto en él se encierra; estudiarás otras dos horas en tus libros, y, por último, irás al campo á reunirte con tu compañero y á prestarle ayuda. Como á él le he dicho, no abandonarás ni un minuto tu cajita; pero tampoco intentes ver lo que contiene, pues si la abrieses, el geniecillo que en ella se encierra, y que te haría dulce el trabajo, huiría sin que lo pudieses detener, y siempre... siempre... continuarías siendo

perezosa y holgazana... y desgraciada por lo tanto. Las cajitas que vamos á daros encierran, como he dicho, el diosецillo de la laboriosidad, precioso talismán que jamás debéis ver...; y mirad que ya es mucho el haberos dicho que le hay, pues lo misterioso del don ya no lo es totalmente; mas temiendo una nociva curiosidad por vuestra parte os he descubierto parte del misterio. Si cumplís fielmente cuanto os ordeno, si madrugáis y lleváis á efecto vuestros trabajos, teniendo siempre al lado las cajitas, veréis cómo lo que hasta ahora ha parecido imposible, sobre todo á la rubia Pipá, se cumple también en vosotros. Pues extraño, soberanamente extraño, sería que estas prodigiosas cajitas no obrasen con vosotros el milagro que han obrado con todos los niños que las han poseído...

Las otras dos hadas sacaron de un pliegue de sus flotantes túnicas unas preciosas cajitas pequeñas de oro y con brillantes arabescos de piedras preciosas. Los niños alargaron sus manitas para cogerlas; las hadas dijeron:

—Al entregaros estos misteriosos talismanes, os damos casi la felicidad. Contentaos con saborear sus buenos efectos... y no queráis abrirlas.

.....

—Oye, Urso—dijo Pipá á su compañero cuando salieron de la presencia de las hadas.—¿Crees tú que podremos estar sin abrir las cajas?

—Hay que cumplir lo que nos han ordenado—contestó el niño.

Pipá bajó pensativa su rubia cabecita.

—Oye, Urso—dijo otra vez,—¿serán bonitos los diosецillos que tienen dentro?

—No debe importarnos saberlo—contestó gravemente el niño.

Nuevo silencio de Pipá...

—Oye, Urso—apuntó tímidamente la nena.—¿Nos oirán hablar los diosецillos...?

—No sé.

—Oye, Urso... y si se nos caen las cajas, ¿se escalararán...?

—Oye, Pipá—respondió Urso impaciente,—¿quieres no preguntar más y obedecer?

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XII

Estamos delante de Ataulfo, Juanito.

—Ya lo veo, papá.

—Y si fuéramos capaces de sentir con las cosas que nos recuerdan los tiempos antiguos, ahora estaríamos algo emocionados. Porque

Ataulfo fué el fundador de la dinastía visigótica en España y por tal causa figura el primero en la lista de nuestros reyes.

—Ya lo sé... ¡Ataulfo, Sigérico...!

—¡Calla, hombre, calla...! ¡Otra vez me sales con la musiquita...! Ataulfo, además de bravo guerrero, fué un político, á mi modo de ver, pues al establecerse en España quiso seguir en buenas relaciones con los romanos, lo cual disgustó á los suyos. Tanto, que se conjuraron contra él, llamándole traidor á su patria, y le asesinaron.

—¡Qué brutos!

—Eso está bien dicho.

—¡Anda! ¡Otro salto morrocotudo...! Aquí tienes á Felipe II.

—Cierto. Y parece como asustado de la compañía... ¡Vamos á ver, Juanito...! Felipe II...

Felipe II, el *Prudente*, hijo de Carlos I...

—¡Alto ahí...! No me gusta esa manera de enseñarnos las cosas de memoria, sin razonarlas un poco... Ya que D. Jenaro, siguiendo á los historiadores entusiastas, llama el *Prudente* á Felipe

II, podía habérselo llamado después, como si le diera ese título por sus hechos. La prudencia es una virtud que se demuestra en la vida, no una cualidad que proviene del nacimiento. Por eso no me parece bien decir, para empezar, Felipe II, el *Prudente*, porque parece indicarse que nació siéndolo... ¿Me has entendido?

—No, papá... Digo, sí...

—Creo que no... Sigue, sigue...



ATAULFO

—Fué educado desde muy joven en la gobernación del Estado, proclamándosele rey de algunos hasta que lo fué de todos los de España á la abdicación de su padre. Felipe II era el monarca de más grandes dominios, y para velar por ellos y defender la religión hubo de sostener varias guerras, siendo las más famosas las que sostuvo contra Francia é Inglaterra, y también la emprendida contra los turcos, que fueron vencidos en la memorable batalla de Lepanto. En su tiempo perdimos la armada Invencible, enviada contra los ingleses y destruída por los elementos. Para conmemorar su victoria sobre los franceses en San Quintín, levantó el célebre monasterio de El Escorial, donde murió, después de haber reinado cuarenta y dos años. Le sucedió en el trono su hijo Felipe...

—Felipe... ¿Pero qué Felipe?

—Felipe... ¡No me acuerdo!

—¡Pero, hombre...! ¿Ves los inconvenientes de aprender las cosas de memoria...? ¡En cuanto se os hace recapacitar un poco, estáis perdidos...! ¡Y es que no os fijáis, porque no se os acostumbra...! ¿Qué Felipe iba á suceder á Felipe II?

—Felipe III.

—¡Naturalmente! ¡Eso es una cosa como las de Perogrullo!

—¿Me he sabido Felipe II?

—No está mal del todo ese compendio, aunque faltan en él algunas cosas... Como, por ejemplo, que se casó cuatro veces, con María de Portugal, María Tudor, Isabel de Valois y Ana de Austria... Faltan también varias noticias familiares. Faltan, en fin, otros sucesos que no son para olvidados. Pero, en fin, D. Jenaro os ha hecho un extractito de ese reinado que puede pasar hasta que tengáis la edad apropiada para enteraros perfectamente.

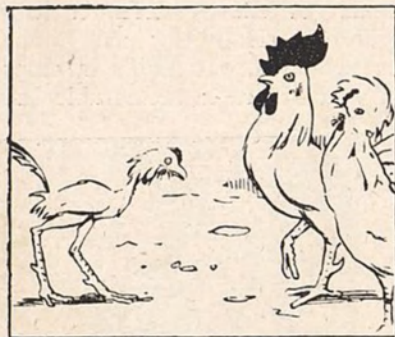
—¿De modo que es más larga la historia de Felipe II?

—¡Claro que lo es...! Pero, en cambio, tiene muchísimo interés, y ya verás cómo te gusta saberla con todos sus detalles.

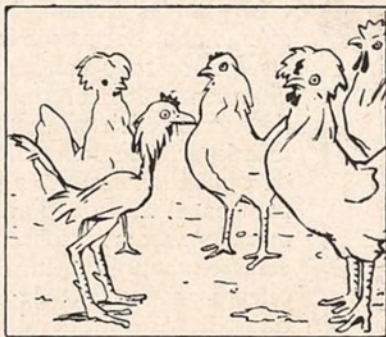


FELIPE II

“CHANTE



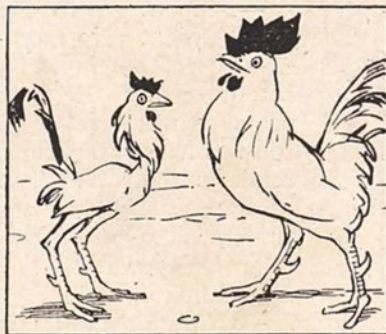
1. A un corral, extenuado y medio muerto, llegó un gallito joven, inexperto...



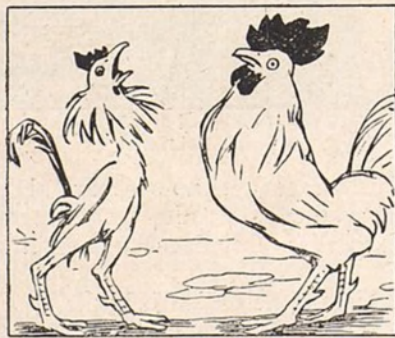
2. Su historia preguntáronle á porfía. Y él nada les contó... no la tenía.



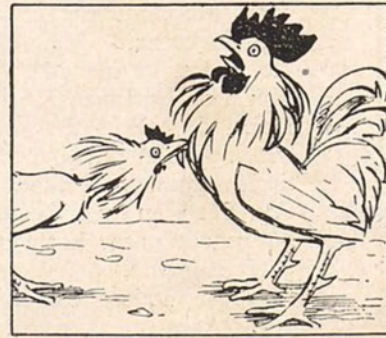
5. Soberbio, empezó al punto á gallear, y hasta creyó de *divo* su cantar.



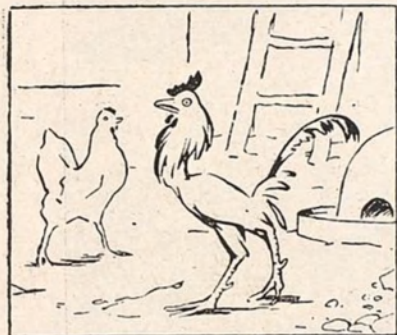
6. Al escuchar sus gritos desde dentro, el gallo del corral salió á su encuentro.



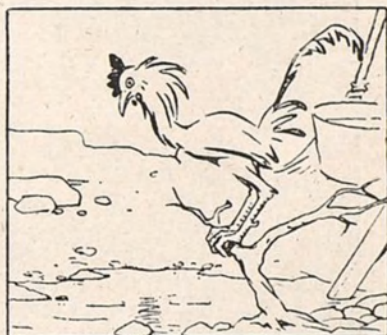
9. Y desde hoy avisadlo al gallinero: ¡mi canto será el único, lo quiero!



10. —¡ Ahueca, pues!, le dijo, ¡ gallo viejo! ¡ si es que estimas en algo tu pellejo!



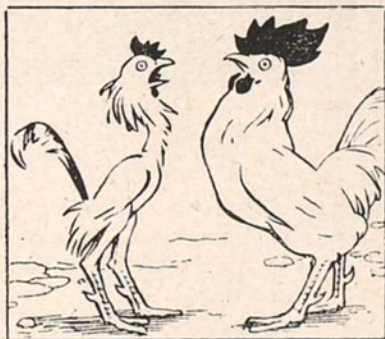
3. Pasó tiempo, y con él el avechucho se transformó en un pollo algo *pachucho*.



4. Al verse en una charca, desde un tallo se juzgó el infeliz un *super-gallo*.



7. Y como es muy corriente en gallos viejos, le propinó al instante unos consejos.



8. ¡ Voto va !—dijo el pollo á Lucifer. ¿ Leccioncitas á mí... ? ¡ Soy Chantecler !



11. Y sin más se trabó feroz pelea en el corral de la apacible aldea.



12. La ingratiitud es cosa tan funesta que hasta este *Chantecler* perdió la cresta



LA HELIOTERAPIA

En nuestra época febril y atormentada hay una serie de enfermedades consuntivas, nacidas precisamente del derroche de energías á que el hombre se ve obligado para ganar y sostener la vida en las ciudades. Y entre los sistemas que se emplean para devolverle las perdidas fuerzas, la helioterapia es uno de los que cuentan con mayor número de defensores. La helioterapia es la cura de sol en la montaña, en pleno invierno; pues la montaña parece creada precisamente para curar los males que ha causado la ciudad.

No es cosa de describir aquí detalladamente ese sistema, mediante el cual se han realizado maravillosas curas. Sólo diremos que los pacientes reciben plenamente los rayos del sol y los aires puros, pues para este efecto se les deja sin ropa alguna, completamente en cueros. Lo cual, para los no enterados, parece algo extraño, sobre todo al ver á los enfermos de esa manera poco menos que rodeados por la nieve.

Particularmente los niños débiles, raquíticos ó víctimas de cualquier afección de esas que minan la existencia, sometidos á ese procedimiento natural vuelven á la vida.

Para ellos principalmente ha fundado en Leysin (Suiza), en plenos Alpes, un establecimiento modelo el famoso doctor Rollier, entusiasta del sol y del aire.



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

CONCLUSION

H. No lo tomes por lo trágico ni te las echas de víctima, porque lo que yo te he dicho cualquiera te lo diría. Impresa por esos mundos anda una fábula antigua de una antepasada tuya y de una abuelita mía. Quizá tú no la recuerdes como eres olvidadiza; mas yo la sé de memoria y te la diré en seguida: "Cantando la cigarra pasó el verano entero, sin hacer provisiones allá para el invierno. Los fríos la obligaron á guardar el silencio..."

C. ¿Recuerdas, cigarrita?

Sí, hormiguita, recuerdo.

H. Pues, entonces, ya sabes que la cigarra, luego, fué á casa de la hormiga para pedirla á préstamo

lo que tú me has pedido hace pocos momentos.

¿Recuerdas, cigarrita?

C. Sí, hormiguita, recuerdo.

H. Pues, entonces, me basta con repetirte el término de la tal fabulilla, que viene muy á pelo:

"¿Yo prestar lo que gano con un trabajo inmenso?

Dime, pues, holgazana,

¿qué has hecho en el buen tiempo?

"Yo, dijo la cigarra,

á todo pasajero

cantaba alegremente

sin cesar ni un momento..."

"¡Hola! ¿Con que cantabas mientras yo andaba al remo?

¿Pues ahora que yo como,

baila, pese á tu cuerpo!"

C. No sé si en esa historia se propuso el fabulista censurar á la cigarra ó censurar á la hormiga.

H. Pues la trata de holgazana,
á la cigarra sería.

C. Pues la pinta avariciosa,
puede que fuera á la hormiga.
Pero si yo me equivoco
y el fabulista quería
censurar á la cigarra,
se equivocó el fabulista.

H. ¡Miren la sabia!

C. Sin serlo,
puedo apreciar la injusticia.
Ni canto por divertirme
ni por holgazanería.
¿Crees tú que no hay más trabajo
que el tuyo? No tan altiva
te muestres porque recoges
lo que los demás cultivan.
Tú no has labrado la tierra,
tú no echaste la semilla,
tú no cuidas de las mieses,
tú no siegas, tú no trillas,
pero tú vas buenamente
donde hay grano, y el que atisbas
lo escondes en tu granero.
¿Es trabajo ó es rapiña?

Yo á nadie le quito nada,
mi trabajo da alegría
á los demás, porque el canto
es mi trabajo, hormiguita.
Dios me ha dado ese destino
y yo canto noche y día.
¡Pero pues tú no comprendes
que mi ocupación es digna,
me marchó con mi pobreza;
quédate con tu avaricia!

H. ¡Eso no! Que tus palabras
me están haciendo cosquillas
en el corazón y quiero
ser justa.

C. ¿Tú?

H. Muchos días
me ha recreado tu canto
y he de ser agradecida.
Quédate á vivir conmigo
seremos buenas amigas.
¡Yo soy el rudo trabajo,
y tú la santa poesía!

(Se abrazan cariñosas y cae el telón.)





RELATOS DE CAZA.

UN CAZADOR COMO HAY POCOS...

La del alba sería" cuando Juan Manuel, con la vieja escopeta al hombro, bien provisto de municiones y bien pertrechado de ilusiones y de alegría, salió de su pueblo, ufano y gallardo, pisando tan fuerte y contoneándose con tanto garbo, que cualquiera, viéndolo por detrás, no pensaría que ya pesaban sobre él cincuenta años bien cumplidos.

Era la mañana de las más plácidas y serenas de Febrero. Al llegar Juan Manuel al monte, ya había salido el sol, que se mostraba como una inmensa oblea roja en medio del diáfano é infinito cielo azul. Lo primero que hizo nuestro héroe fué darsé unos paseítos de risco en risco, por las hondonadas y por los picachos de las peñas. Tiró dos ó tres veces y no mató ni una alondra. Después, como, estando parado frente á la lejana sierra, sintiera venir desde el próximo pueblo las campanadas de las nueve muy lentas y muy solemnes en la mansa quietud del ambiente, determinó que era llegada la hora de almorzar, y para ello se sentó *cara al sol*, sobre el menudo césped, dando la espalda á una elevada roca, y sacó del morral el abundante y succulento condumio.

Durante el almuerzo empinó el codo bastantes veces, por lo cual el vino, unido al dulce calorcillo del sol, le produjo una fuerte somnolen-

cia, dulce como la flor del romero para las abejas y agradable como una copa de absintio para el vate moderno que busca á las musas en la llama fosfórica y azulada del alcohol... Ya en brazos de Morfeo, Juan Manuel soñaba... Hallábase en un monte tan salvaje, que nunca había sido hollado por pies humanos. Lo perfumaban gigantescos sándalos; dábanle grata y nunca oída música los arroyos que en pintoresca abundancia lo bañaban y los pajarillos que en gárrulos y policromos bandos lo habitaban, y, aparte de las extrañas flores que lo adornaban, poblábanlo ciervos á granel, conejos á centenares y codornices y chochas á montones. En fin, que el tal monte era un verdadero paraíso de cazadores. Entusiasmado, Juan Manuel se puso á seguir una gacela, des-



pués de haberla herido mortalmente. Según iba corriendo en pos de ella, tropezó con el tronco medio podrido de una acacia y, después de dos ó tres grotescos brincos, fué á caer á un abismo. Al llegar al fondo quedó depositado en la margen de un riachuelo. El agua le lamía, le lamía la cara...

Sobresaltado en este punto de su sueño, despertó... Algo húmedo y viscoso manchaba su rostro. ¿El río acaso...? Abrió los adormecidos ojos... Un borrego blanco lo estaba olisqueando. Disponíase á levantarse, cuando el pastor, llegándose junto á él, le dijo:

—¿A qué hora le despierto, buen amigo...?

Era ya cerca de mediodía...

JOSE A. LUENGO.



ESPAÑÓLES ILUSTRES

JUAN LUIS VIVES

En los felices tiempos en que España era la primera nación del mundo civilizado, grande en letras y artes y notable en la guerra y sobresaliente en la náutica, rival en ciencia y en varones de singular talento, nació en Valencia el filósofo español más renombrado del siglo XVI, Juan Luis Vives, el 6 de Marzo de 1492. Humanidades y Jurisprudencia fueron los estudios que hizo en su ciudad natal; los de Filosofía en la Universidad de París, y en Lovaina, bajo la dirección de Erasmo, perfeccionó sus conocimientos en lenguas latina y griega y en ciencias en general. Esta gigantesca figura que llena los siglos, y cuyas teorías filosóficas, teológicas y morales aun se discuten en los mejores centros escolares de Europa, mereció en 1520 una cátedra de Literatura, cuyas

Ayuntamiento de Madrid

lecciones recibieron muy notables jóvenes, entre ellos el que luego, reinando Carlos V, había de ser tan discutido, Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo. Notó Vives que la difusión de la imprenta esparcía por todas las naciones el saber clásico y las creaciones del entendimiento en su tiempo, pero que á pesar de tantos progresos en favor de la cultura, ésta se estacionaba entre largas y sutiles discusiones filosóficas, por lo que se declaró partidario irreductible de reformar la enseñanza. En Lovaina, con obras escritas con este objeto, se hizo opinión hasta conseguir que se le atendiera.

Su fama corría pareja con la que en los campos de Italia alcanzaban las armas españolas y con la que los intrépidos marinos y conquistadores conseguían en América; eran los días en que los nombres de Servet en Suiza y París, y los de Laguna en Francia y Austria, ponían á gran altura la ciencia española, cuando Enrique VIII de Inglaterra, en 1522, llamaba á su corte al sabio valenciano para que dirigiera y educara á la princesa María, hija del rey y de Catalina de Aragón.

Sus lecciones cautivaban al claustro de Oxford, y á oirlas iba muchas veces el monarca inglés acompañado de su esposa. Hasta 1528 permaneció en el Reino Unido; pero como se declarase defensor de la reina, á quien había repudiado el vicioso rey, después de padecer seis semanas de prisión, dejó el suelo donde tanta gloria había obtenido para él y para su patria. ¡Qué dichosa época aquella en que los sabios españoles eran admiración de todos los centros de cultura y de todas las casas reales! Volvió en 1529 á España y, según parece, entonces casó, residiendo corto tiempo, porque meses después se trasladó á Brujas.

La reina Catalina quiso que Vives defendiera su causa como letrado, mas el doctor español se opuso á ello, compensando su resolución con la publicación de una obra, *De la instrucción de la mujer cristiana*, que dedicó á la abatida señora para que sobrelleva sus tristezas.

A 6o próximamente ascienden los escritos de Vives, todos en latín y todos de gran mérito, en opinión de otro sabio y penalista español, Alonso de Castro, y en todos ellos resplandece como fundador de sistemas, creador de escuelas, observador diligente de la Naturaleza y analizador sutil del pensamiento.

Las más leídas son: *Instrucción de la mujer cristiana*, libro que debía hoy de estar en manos de todas las señoras; *Diálogos de Juan Vives*, *Tratado del socorro de los pobres*, *Introducción á la sabiduría*, cuyas páginas deben leer cuantos se preparan á los grandes estudios, y los Comentarios á la obra de San Agustín *La ciudad de Dios*, en que se admira el gran conocimiento de la Teología que tenía Vives.

En Brujas, donde pasó tantas épocas de su vida, ocupándose en la impresión y corrección de su enorme labor científica, le sorprendió la muerte, el 6 de Mayo de 1540. Carlos V, admirado de su talento, otorgó real privilegio para que se publicara la colección que se dió á luz en Basilea en 1555.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.